

Adam Foulds

En la boca del lobo



Galaxia Gutenberg

ADAM FOULDS

En la boca del lobo

Traducción de
Irene Oliva Luque

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *In the Wolf's Mouth*

Traducción del inglés: Irene Oliva Luque

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2016

© Adam Foulds, 2016

Reservados todos los derechos

© de la traducción: Irene Oliva, 2016

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación:

Depósito legal: B. 15653-2016

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-06-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Charla

Siempre puede haber un tiempo de inocencia.
Nunca existe un lugar.

WALLACE STEVENS,
Las auroras de otoño

Prólogo
EL PASTOR
1926

Se inclinó hacia delante, blandió con cuidado la escopeta que llevaba a la espalda y la alzó de forma que la culata se apoyase con firmeza sobre la mandíbula. La incipiente barba le raspaba contra la madera, al apuntar a la perdiz, que flotaba sobre los dos puntos de mira. Allí seguía, jadeando de calor. Disparó. El ave salió despedida de lado. Se desplomó pesadamente, sobresaltada, como a quien se le quita la silla de golpe. La detonación sacudió en ecos todo el valle y lanzó por los aires a un cuervo que volaba en círculos amplios y evasivos, graznando a gritos. Angilù pensó en los demás pastores de las colinas, que oírían el tiro llenos de asombro, tal vez se asustarían. La perdiz agitó un ala como si pensara que aún podría huir volando hasta un lugar seguro, pero conforme Angilù caminaba hacia ella, el movimiento se fue ralentizando hasta un débil aleteo. Cuando llegó a su lado, el ave estaba quieta, el cierre del pico desencajado y el pequeño ojo negro sin pestañear por el sol.

Recogió el ave y la volvió a subir a la cumbre desde donde el viento luego lo empujó cuesta abajo por la otra ladera hasta su choza, con su mula amarrada y las ovejas correteando sobre las piedras en busca de brotes frescos. Se sentó a la sombra del claro y desplumó el ave, las plumas bellas y suaves flotaban alrededor de sus pies. Cuando la piel llena de bultitos quedó expuesta cual mujer desnuda, cogió la navaja e hizo un corte bajo el hueso de la quilla, después sacó un puñado de tripas húmedas. Lista para cocinar. Excelente. La perdiz era un golpe de suerte. De otro modo, habría sido más queso salado y pan duro, o caracoles, si se molestaba en cogerlos. O hierbas silvestres. Cerca había un lugar donde crecían. Lo podía ver en su imaginación: la luz clara, las esbeltas plantas agitando al viento.

Abrió el ave por la mitad, quebrándole las pequeñas costillas, y la asó sobre un fuego de brasas vivas y candentes. Cortó la carne

y la comió de la hoja de su navaja. Engulló los huesos más finos y chupó los más grandes.

El invierno había sido una época cálida en el pueblo, rodeado de gente, con la fría lluvia plateada oscureciendo la tierra, alimentándola. Pero era bueno volver a estar solo, allí arriba, alejado de todo el clamor de conversaciones y obligaciones, familias y rivalidades, e injusticias. Los demás pastores añoraban el hogar, pero él aún era joven y no tenía esposa. Claro que también estaba la soledad, y de niño la había odiado, al sentirse prisionero en las colinas, expulsado de la vida corriente, asustado por los bandidos y los asuntos de los que debía ocuparse. En aquel entonces, cerca de una de las chozas, había colocado unas piedras sobre el suelo para componer figuras de rostros con las que hablaba, durante largas conversaciones. Ya no lo hacía, pero el lugar había quedado alterado. Quedaba allí una presencia, una carga en el aire que flotaba sobre aquel punto, un fantasma de sí mismo, quizá.

Mientras el sol se ponía, observó las sombras que fluían descendiendo por las colinas y llenaban el valle. Más tarde aparecieron las estrellas. Su mula se desvaneció en la oscuridad, las pálidas ovejas también. Pero el viento seguía despierto, vibrando por encima de las duras cumbres.

Al día siguiente, Gino condujo su rebaño lo bastante al este para que Angilù oyese su canto alzarse al viento. Angilù se llevó las manos a los lados de la boca y entonó:

—¿Quién canta por ahí? Suena como un perro enfermo.

Hubo una pausa, después la voz de Gino volvió flotando.

—¿Quién canta ahí arriba? Suenas como si te doliesen todas las muelas.

Se cantaron insultos durante un rato.

—No tienes ni idea de canto. Más te valdría ir a la escuela a Palermo, a ver si aprendes.

—No sabes cantar. Tú tendrías que ir a la escuela de Monreale.

—Cuando naciste en un rincón escondido, parecías un chucho mal parido.

—Cuando naciste en mitad de un callejón, había una peste horrosa a cagajón.

Siguieron cantando durante un rato y luego Gino desapareció.

El día siguiente, al atardecer, Angilù notó que su mula movía las orejas hacia delante y levantaba la cabeza. Miró al otro lado del valle y vio a un hombre acercarse a caballo, la sombra grande y articulada del caballo se movía por encima de las piedras que tenían delante mientras el animal bufaba y se afanaba bajo aquel hombre de gran tamaño. Uno de los guardas de las tierras. El príncipe los escogía por su tamaño, en parte, y por cómo lucirían en su librea. A Angilù no le hacía falta ni mirar; sabía cuál sería antes de que llegara. Se sentó tranquilo y esperó.

Finalmente, Angilù alzó la mirada hacia la enorme silueta formada por el caballo y el hombre que tenía justo delante, la espada colgaba de la cadera del guarda y las plumas del sombrero se curvaban al viento. El caballo osciló ligeramente hacia los lados, buscando huecos en el suelo para sus pezuñas.

—Esta tarde —comenzó el guarda— sería mejor que dejases al destino seguir su curso.

Angilù asintió.

—Se lo ponen difícil ellos solos —dijo—. Esta noche no hay luna.

—¿Y a ti qué más te da?

Angilù cogió una piedrecita rosa y la hizo rodar en la palma de la mano.

—¿Traen o se llevan?

—¿Importa?

Angilù no dijo nada.

—Se llevan —dijo el guarda.

—¿Cuántas?

—Haces muchas preguntas.

Angilù levantó la mirada hacia el firme costado del caballo, que daba un paso atrás. Notaba cómo el guarda le miraba fijamente la coronilla. Estaba fumando un cigarrillo, uno caro, dulce y aromático.

—Digamos —añadió el guarda— que si no ocurriese, el arrendador no estaría contento.

—Ya —afirmó Angilù, y dejó caer la piedrecita al suelo—. Ya.

El guarda se quitó el sombrero y se limpió el sudor del pelo con el brazo.

—Aquí arriba piensas demasiado. Te preocupas. Total, está todo planeado. Vendrán a buscarte por la mañana.

—Virgen santa.

–Será mejor para tu reputación que te aten.

–Pero ¿por qué? Nunca lo han hecho. ¿Por qué tienen que hacerlo? Por Dios.

–¿Qué te he dicho de que pienses tanto? Puede que a alguien le preocupe que alguien del municipio se esté interesando. Las cosas ya no son lo que eran. Es lo mejor.

–Lo mejor –repitió Angilù.

–Listo –concluyó el guarda.

Con un dedo lanzó la colilla. Aterrizó en el suelo delante de Angilù, tan ligera y precisa como un grillo en su súbita quietud. Angilù se preguntó si el guarda lo estaría observando para ver si se acercaba a cogerla.

El guarda retorció las riendas del caballo y se fue cabalgando colina abajo; al principio el caballo se resistió a la pendiente con las patas delanteras rígidas y estiradas. Tardó mucho tiempo en cruzar el valle, remontar la ladera al otro lado y por último descender, desapareciendo tras ella.

Oscuridad. Atestaban el cielo las infinitas estrellas brillantes de una noche sin luna. El viento aspiraba ruidosamente el fuego. Angilù no tenía nada que hacer salvo esperar.

Quando por fin los oyó acercarse, se levantó para recibirlos. Distintos pasos a su alrededor, aunque no sabía decir cuántos eran. Se desplegaron en distintas direcciones. Angilù imaginó arañas dispersándose al levantar una piedra. Ellos podían verlo con toda la claridad, ésa era su intención, un hombre de pie junto al fuego, envuelto en ráfagas de llamas. Quería mostrarse dispuesto a colaborar desde el principio. La figura de un hombre se acercó directamente y Angilù le dio la espalda para no verle la cara, para no saber. El hombre no dijo nada mientras agarraba las muñecas de Angilù y comenzaba a atarlas. Su aliento desprendía el aroma dulce y acre del vino tinto. Todos habrían dado buena cuenta de una comilona en alguna casa de Sant’Attilio antes de ponerse en camino hasta allí arriba. El hombre se agachó para atarle los tobillos a Angilù, pero se lo pensó mejor.

–Túmbate bocarriba y pon los pies en el aire.

Obedeció. Durante el minuto que el hombre empleó en apretarle la soga alrededor de las piernas, Angilù experimentó un placer

sorprendente por la intimidad del contacto con aquel desconocido. Se sintió cuidado. Era el mismo tacto atento y hábil de su madre cuando le cortaba el pelo.

Una vez atado, el hombre se dio la vuelta y se alejó caminando.

—¡Eh! —lo llamó gritando Angilù—. ¡Eh! ¡Metedme en la choza!

Pero el hombre no se volvió y Angilù tuvo que arrastrarse como una oruga junto al calor del fuego para llegar hasta la segura oscuridad de su refugio. Al otro lado de los muros, podía oír los gritos, el chasquido de los látigos, los balidos y el revuelo de las ovejas que se llevaban en la oscuridad.

Los hombres estuvieron ocupados un buen rato, pero por fin acabaron y se hizo el silencio, salvo por el viento y las ovejas que quedaban, espantadas, repiqueteando las piedras. Y de repente su mula rebuznó al vacío, enérgica y enfurecida. La bestia necia. Él se tendió de costado para no tumbarse sobre las manos y miró afuera, hacia las llamas que se consumían y las cenizas blancas del fuego que se desprendían volando hacia las estrellas. Se fue relajando poco a poco, poco a poco se quedó dormido tras varias sacudidas bruscas y dolorosas en las piernas amarradas.

Se despertó antes del alba y se estiró para liberarse de los calambres en las piernas y los brazos, luego se quedó tumbado, inmóvil, y observó la luz fría y roja derramarse por las colinas. Mientras el sol ascendía, le llegó desde el suelo el olor a rocío al evaporarse, la vegetación de su choza al calentarse. Tenía sed pero no se le ocurría cómo quitar el tapón al odre de agua sin que se vaciase por todos lados. Quizá podría bebérsela toda. También quería mear, pero ¿cómo lo iba a hacer? Se dio la vuelta y serpenteó y pataleó hacia el odre. Después se retorció hasta erguirse para que quedase detrás de él y al alcance de las manos. Las puntas de los dedos encontraron el tapón, lo agarraron y tiraron. Lo movía milímetro a milímetro, con enorme concentración. Cuando por fin se soltó de golpe, tuvo que rodar sobre el suelo todo lo rápido que pudo, empujar con los labios contra el peso del agua que se derramaba y tapar el agujero con la boca. Se quedó allí como un bebé de pecho, tragando y tragando mientras su estómago se expandía con la fresca oscuridad del agua. Se apartó, con el agua cayéndole de nuevo sobre la cara, y se alejó arrastrándose. Ahora tenía el pelo húmedo, tosco y pesado por el polvo. Deshizo el camino hasta la entrada y se sentó erguido a esperar que lo descubriesen.

Entornó los ojos hacia las colinas. Nadie. Nada. Se quedó mirando a la lejanía azul y rosa y buscó figuras. Nada. Tan sólo el mundo empezando a despertarse poco a poco. Su mula agitó las ijadas para sacudirse las primeras moscas. Angilù ya no aguantaba las ganas de orinar y no había manera de que llegase con las manos hasta la parte delantera del cuerpo. Podía intentar tumbarse con la navaja debajo, pero seguro que alguien llegaría pronto. Regresó pataleando hasta la sombra de su choza, dio con una zona seca que el agua derramada no había empapado y se tumbó inmóvil.

Se despertó con una imagen estruendosa en la cabeza: un arroyo estallando sobre una roca. Ya no le quedaba otra. A duras penas se sacó la navaja del cinturón, la agarró con la hoja hacia arriba contra la sogá y se tendió sobre ella. Se balanceó de un lado a otro, machacándose los dedos, sintiendo cómo la hoja calaba en la sogá, con la punta punzante contra la espalda. Empujó con los talones para que todo su peso cayera sobre ella, y cuando casi había acabado, rodó sobre la cara y tiró de los brazos con todas sus fuerzas para separarlos. Después de tres intentos, sus brazos salieron volando en direcciones opuestas y los utilizó para salir a rastras de la choza. Cayó de lado, se abrió el pantalón y se relajó en un chorro largo y ruidoso que corrió por la superficie tan grueso como una hoja de cristal.

Ya hacía rato que el sol había pasado su punto más alto. Se habían olvidado de él. Angilù gritó todo lo fuerte que pudo, separando cada sílaba: «¡Hi-jos-de-pu-ta!».

Regresó arrastrándose a su choza mojada y desordenada y cogió la navaja para cortarse la sogá de los tobillos. Tenía los brazos débiles. Los dedos le temblaban con poco tino. Vio que la suciedad del suelo estaba revuelta, marcada por los rastros de su esfuerzo. Volvió a introducir el tapón en el flácido odre y lo puso en su sitio. Cogió la escopeta y partió hacia la hacienda a lomos de su sombría y paciente mula para denunciar las ovejas robadas al hombre que había ordenado el robo.

Al montar sobre su mula, sintió un dolor intenso que le latía en la zona lumbar. Lo comprobó con las yemas de los dedos: finas líneas húmedas trazadas por su navaja. Dio una patada a la bestia para que se moviera y luego le dio unas palmaditas en el robusto pescuezo mientras se serenaba bajo su peso y embestía.

Sant'Attilio fue apareciendo por fases, deslizándose detrás de las cuestas, surgiendo desde otros ángulos. Desde una cumbre, Angilù vio la casa apartada del arrendador, cerca del palacio, sus muros externos y sus olivos. Desde otra quedaba a la vista todo Sant'Attilio: cubos de amarillo y gris descascarillados, tejados rojos, la torre blanca de la iglesia, la raya vacía de la carretera, el gran palacio a las afueras. Todo lo que conocía estaba allí, todos los nombres, todas las personas, todos los secretos.

Cabalgó directamente hacia la casa del arrendador para hacerlo rápido y acabar con todo cuanto antes. Desmontó de la mula en la verja y la llevó por la brida entre las sibilantes hojas plateadas de sus adorados olivos. Caminó hasta la puerta principal y sonó la campana. Oyó el sonido del metal batido atravesar la casa y se asustó al imaginar la presencia del arrendador moviéndose en respuesta a través de la oscuridad del interior, sin forma alguna de saber cuán cerca estaba, acercándose cada vez más. Se abrió la puerta. El arrendador, fumando, bajó la vista hacia él desde el escalón y después hacia fuera, por encima de su cabeza. Camisa blanca limpia y tirantes. Angilù pensó en el polvo de su pelo, la mugre de su ropa, su camisa pegada a la zona lumbar con sangre seca y dura. *Mejor para tu reputación.*

—Señor, anoche... —comenzó Angilù.

Cirò Albanese parecía aburrido. Levantó una mano lánguida con la palma hacia arriba y curvó los dedos para exhortar a Angilù a que contase la historia que ya conocía.

—Anoche... —recomenzó Angilù—. Unos bandoleros. Las ovejas. Se llevaron casi todas mis ovejas.

—¿Cuántas?

—No... —Angilù no sabía qué decir. No podía decir «No las conté porque pensaba que ellos te lo dirían»—. No las conté —dijo.

—No las contaste.

—No.

—Madre de Dios. Está bien. Vuelve derecho allá arriba. No hables con nadie del pueblo. ¿Me entiendes? Se lo contaré al príncipe la próxima vez que lo vea. —El arrendador dio un paso atrás y cerró la puerta.

Angilù quería ir a ver a su madre, lavarse, comer, sentirse consolado, conseguir un santo nuevo para el cordón que llevaba al cuello porque le preocupaba que el que tenía estuviese perdiendo

poderes. Pero le había dado una orden. Volvió a montarse en la mula y le dio una patada con los talones en la panza, le propinó más y más patadas hasta que de un salto se puso al trote y se lo llevó lejos de allí, contra la fuerte atracción del hogar sin visitar, que tiraba de él. Lo devolvía a los días incontables de calor y silencio, al sol de mediodía que aplastaba los colores contra el suelo, a las noches de estrellas y a las puntas afiladas de la luna creciente. Condujo a golpe de látigo a las ovejas que quedaban y se tropezaban ante él, nerviosas, cortas de entendederas, malolientes. Cuando él se detenía, ellas se paraban donde estuviesen, demacradas, y miraban fijamente sus propias sombras, como si quisieran arrastrarse hasta su interior. Pasaron junto al lugar donde estaban las figuras de Angilù en el suelo. Las abarcó con la mirada y sintió un flujo de comunicación procedente de ellas. No sabía decir qué era lo que le decían. El impulso era oscuro, opaco, pero autoritario. Parecía como si lo reconociesen y fuera lo que fuese tenía algo que ver con su vergüenza, amarrado e indefenso, olvidado por el mundo. Debería... ¿qué? Tocó el santo, que se debilitaba sobre su clavícula, y rezó una oración.

Finalmente llegaron a una hondonada llena de chumberas y las ovejas se apresuraron hacia ellas, con sus gastados cuartos traseros bamboleándose mientras corrían. Estaban en el lejano oeste de la hacienda, la peligrosa frontera. Los bandoleros de aquí no eran amigos de sus amigos. Robaban para vender o hasta para comer. Tendría que dormir con un ojo abierto por el día e intentar estar alerta por la noche, con la escopeta siempre a mano.

Pasó varios días allí arriba antes de que ocurriera nada, más días de los que él tardaría en ser visto y la voz en correrse, por lo que cuando aparecieron ya se le había pasado el miedo, al dar por hecho que a nadie le importaba. Había empezado incluso a dormir varias horas seguidas de un tirón, decisión que tomó un día mientras cogía caracoles. Despegaba sus cuerpos livianos de una roca y los soltaba en su zurrón, después se tumbaba a la sombra y le sobrevinía el sueño. Cuando se despertó, encontró a sus pequeños prisioneros escapando a rastras en laboriosa huida. Con sus largos pies grises totalmente extendidos y sus diminutos ojos moviéndose en círculos sobre las antenas, se esforzaban por avanzar todo lo rápido que podían. Se echó a reír mientras los cogía de nuevo, despegando sus ventosas de las piedras, y siguió riendo, aquello le pa-

recía graciosísimo, y aquellas risas lo enjuagaron por dentro, volviéndolo descuidado y alegre. Reía al pensar en sí mismo en lo alto de las colinas, y se imaginó cómo vería Dios su coronilla desde arriba. Ya está, a la mierda, que pasara lo que tuviera que pasar. Se enjugó las lágrimas de las mejillas.

Llegaron temprano, por lo que Angilù justo acababa de dormirse. Vio sus siluetas grises moverse a la luz de la luna.

—¡Sólo tengo trece ovejas! —gritó—. ¡Las demás me las robaron! No merece la pena llevárselas.

Hubo un fognazo amarillo, un salto en la tierra cerca de sus pies y cayó de bruces, con las manos en la nuca.

—¡No disparen! ¡No haré nada! ¡No disparen!

Volvieron a disparar. Aún podía ver en la oscuridad el destello sobre el espectro del hocico cuando oyó a su mula gruñir, tambalearse y caer pesadamente de rodillas. Al ritmo de sus latidos, el corazón iba bombeando la sangre que salía de la pobre bestia, chorros de sangre, con un sonido parecido a una fuente o una pila que se vaciaba una y otra vez sobre el suelo. La mula resollaba, gimiendo y roncando, y luchaba por mantenerse erguida. Angilù vio cómo la cabeza se agitaba descontrolada hacia un lado mientras la sangre seguía saliendo a borbotones.

—¿Por qué lo has hecho? —gritó, y cogió su escopeta.

Otro disparo resonó en la tierra, junto a él. Angilù apuntó a una de las siluetas grises que se alejaban corriendo y disparó. Cayó retorciéndose. Le había dado. Hubo maldiciones, dos tiros más desde lugares distintos, pies a la carrera. Angilù volvió a disparar. Vio a los hombres, con las cabezas bajas, los brazos medio levantados, correr huyendo en la oscuridad y desaparecer.

Después Angilù se quedó a solas con el hombre al que había disparado y tuvo que escuchar cómo moría. Angilù estaba maldito, olvidado, su suerte se había acabado. Su santo era de latón pintado. A la luz de la luna veía al hombre tumbado en el suelo junto a una mancha irregular de sangre, con las piernas flojas y los brazos extendidos como los de una marioneta tirada. El hombre parloteaba para sus adentros y lloraba. Angilù no sabía qué hacer. Cantaba para ahogar el sonido. Pensó en el hombre allí tendido, de repente se vio dentro de la oscura cueva de su mente moribunda, oyendo cantar al hombre que lo había matado. Era terrible. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Pasado un rato notó el silencio más allá del soni-

do de su voz y paró. Quietud. Los bandoleros lejos. La forma de las montañas y la luna. Su mula muerta. Un hombre muerto.

Todo había acabado. Era el final de todo. Y no había nada que Angilù pudiese hacer, no había forma de alterar ni una sola cosa. Todo el tiempo había habido muerte, había oído disparos e historias, pero siempre había estado al margen, oculto en las colinas, en su reluciente buena fortuna. Ahora él mismo se veía obligado a comer muerte. Ahora estaba tomando parte. Era el fin de su vida. Se sintió diminuto allí sentado en la oscuridad, con la cabeza colgándole hacia delante, los huesos redondeados del cuello expuestos al viento. El mundo le había puesto su enorme pulgar sobre la nuca. Presionaba. Jamás lo liberaría.

A la luz tenue y desgastada del amanecer, Angilù se acercó a mirar el cuerpo para ver si reconocía al hombre. No lo reconoció. La forma del cráneo era inconfundible, grande y estrecho, acentuado en la mandíbula con mechones de barba. Los ojos ya se habían hundido bajo la arista del hueso. La boca abierta dejaba ver unos dientes amarillos, sorprendentemente largos, como los de una oveja. Angilù se santiguó. El hijo de una madre, una mujer que se golpearía la cabeza con las manos abiertas cuando se enterase, que agarraría su rosario y daría alaridos, sostenida por sus hijas. Puede que ya le hubiese llegado la noticia.

Angilù tenía que ir a contárselo a alguien. Como mínimo, tenía que irse lejos de allí para que el clan del bandolero pudiera subir a recoger el cuerpo. Cogió su escopeta, su zurrón y su látigo, ahuyentó a las ovejas en un corro y, pasando al lado del cuerpo tirado de la mula, las condujo hacia el pueblo. Si salían ahora y no paraban, podrían estar de vuelta antes de que cayese la noche.

Después de los densos e impetuosos colores del amanecer, se les unieron dos pajarillos, aguzanieves, que cazaban los insectos que zumbaban por donde pasaban las ovejas. Meneaban sus colas amarillentas y emitían su única nota viva y repetitiva. Seguían volando uno o dos palmos en el aire y se posaban de nuevo, manteniendo una distancia precisa de Angilù y los animales. Se posaban justo en el punto medio entre su hambre y su miedo.

Cirò Albanese cabalgó hasta una ciudad cercana para hablar con una persona, un hombre inerte sentado con un voluminoso estóma-

go apoyado sobre los muslos. Este hombre, Alvaro Zuffo, vestido de forma modesta y discreto como era, se convertía en el centro allá donde se sentara. Cualquiera silla lo entronizaba. Cirò lo encontró en el nítido rectángulo de sombra proyectada por el toldo de cierto bar de la plaza. Este hombre tenía una manera sorprendentemente delicada de fumar. Daba caladas con el cigarrillo sostenido a poca altura, en una mano abierta de dedos extendidos uniformemente. Hablaba de forma elíptica pero iba al grano. Pájaros. Perros ladrones. Piedras. Pescadores. Hablaba en proverbios. Sólo cuando Cirò mencionó los carteles que había por la ciudad, habló de forma directa, con ira. Su rabia era tan grande y potente que parecía cansarlo como si fuera una enfermedad. Entrecerró los ojos. Ese cornudo hijo de puta hocico de mula había nombrado un gobernador fascista para Sicilia, como Cirò sabía, y ahora desapariciones, torturas, destrucción del orden. Por lo que la decisión que Cirò iba a tomar era muy sabia. Cirò no sabía que hubiese tomado una decisión. Pensó, más bien, que había venido a pedir consejo. El hombre le dijo a Cirò adónde dirigirse. Había un fabricante de ataúdes en el puerto que organizaba las cosas. Cirò no debía decirle ni media palabra a nadie, ni siquiera a su mujer, sólo desaparecer de allí e irse.

Angilù tiró con fuerza de la campana de la casa del arrendador. El ruido metálico se desvaneció. Volvió a sonar. El silencio se solidificó al otro lado de la puerta. Se sintió aliviado, por el momento. Estaba solo. No pasaba nada. Regresó caminando a través de los olivos hasta la verja flanqueada por columnas. Al otro lado vio un automóvil, verde oscuro, su reluciente lustre cubierto por una película de polvo del camino. A su lado había un hombre alto con traje marrón y zapatos brillantes de dos colores de piel distintos.

El hombre alto lo vio. Sus ojos se encontraron. Angilù deseó que no hubiese sucedido. Debió simplemente haberse escondido. No tenía ningún deseo de encontrarse con amigos desconocidos del arrendador. Agachó la cabeza entre los hombros, un campesino insignificante, y empujó la verja.

—¿No está aquí? —preguntó el hombre alto en buen italiano.

—No contesta nadie —respondió Angilù en siciliano, no tenía opción. Intentó alejarse.

–¿Qué negocios tiene con él?

El hombre alto se agachó hacia Angilù. Su cara estaba formada por triángulos precisos, barba recortada y bigote, nariz angulosa y cejas arqueadas. Metió las manos en el tejido suave y a cuadros de sus bolsillos, inclinándose hacia delante.

–Tengo... tengo que hablar con él, que decirle algo, de mi rebaño.

–Pues ya que no está, ¿por qué no me lo dice a mí?

–Tengo que irme, señor, y...

–No está. Dígamelo a mí.

–Lo siento, señor. –Angilù se rascó la cabeza–. Necesito hablar...

–¿A qué se dedica? –El hombre mantenía la mirada fija en el rostro de Angilù, moviéndose a su lado mientras intentaba zafarse, impidiéndoselo.

–Soy pastor, aquí en la hacienda.

–Ya veo. –El hombre sonrió–. ¿Y sabe quién soy yo?

–No, señor. No puedo decir que lo sepa.

–Es culpa mía –se excusó el hombre, sacándose del bolsillo del chaleco un reloj de bolsillo de oro, tan liso como un canto rodado. Miró la hora y cerró de golpe su fina tapa de oro–. Pero eso va a cambiar. Soy su príncipe, como ve. Usted trabaja para mí.

–Lo siento, señor. Yo no... Lo vi una vez cuando era niño, en la cosecha...

–Culpa mía, como decía. Por pasar todo el tiempo lejos, en Palermo, como un tonto cualquiera. ¿Qué es lo que tenía que decirle a Albanese?

–Anoche estaba en las colinas con las ovejas. En la parte oeste de las colinas, de sus colinas, y unos bandoleros vinieron a robarlas, dispararon a mi mula e intentaron dispararme a mí también, y yo me defendí, no me quedaba otra, que nuestro señor Jesucristo me perdone, y pegué un tiro en la oscuridad y le di a uno que ahora yace allí muerto. Los demás huyeron. He cercado a las ovejas por encima del pueblo.

–¿Disparó a uno?

–Que Dios me perdone, sí. Está allí arriba. Está muerto. –Los dientes largos a media luz. Los ojos ensombrecidos. Las moscas allí arriba ahora. La madre.

–Ya veo. Hizo lo que debía hacer. Ha sido valiente. ¿Cuántos años tiene? Todavía un niño, la verdad. –Puso una mano limpia

sobre el hombro de Angilù—. ¿Por qué no viene conmigo? Me gustaría hablar un poco más con usted.

—¿Ir con usted? ¿En eso? —Angilù hizo un gesto hacia el automóvil.

—Sí, sí, en esto. Albanese no está. Lo que probablemente sea algo bueno. Venga, suba. Vámonos.

El príncipe Adriano le abrió la puerta y Angilù entró y se sentó, juntando torpemente la escopeta y el zurrón entre las rodillas. El príncipe cerró la puerta, rodeó con brío la parte delantera del coche y arrancó el motor con un giro violento de la manivela de metal. Angilù se sorprendió al ver a un príncipe agacharse y emplear la fuerza física de forma poco elegante. Luego se metió en el coche y se sentó a su lado, en el lugar del conductor. Movi6 algunas palancas y después, sin ningún esfuerzo humano o animal, ni siquiera el de los pistones a la vista de un tren, avanzaron por la carretera, dando botes sobre su superficie llena de baches en los suaves asientos de piel, hasta llegar al palacio del príncipe.

El palacio era el edificio más grande en el que Angilù había entrado jamás, incluso más grande que cualquier iglesia. Lo había visto innumerables veces, eso sí, de cerca o desde arriba. Conocía la forma de los tejados amplios y sencillos bordeados por canalones, las dos alas que sobresalían hacia delante como las pinzas de un cangrejo, el jardín geométrico con estatuas en la parte de atrás, pero nunca se había parado a pensar que su tamaño exterior debía de corresponderse con una inmensidad interior. Mientras el príncipe lo guiaba, los techos pasaban volando por encima de sus cabezas, algunos con pinturas, cielos y ángeles falsos, y vio habitaciones a cada lado lo bastante grandes para alojar a familias enteras.

Un perro salió dando brincos a recibirlos, enorme y de pelo áspero. El príncipe lo acarició y el animal los precedió trotando sobre sus patas altas y estrechas. Se daba la vuelta, con la boca abierta, para comprobar que lo seguían. La bestia se sentía en casa. Vivía en este lugar.

El príncipe hizo pasar a Angilù a una habitación, señaló una silla para que se sentara y él se quedó de pie delante de un espejo del tamaño de una mesa de comedor, de forma que Angilù también podía ver la parte de atrás de su acicalada cabeza. El espejo estaba rodeado por un grueso y elaborado marco dorado en cuyas esqui-

nas había pegados unos angelitos rechonchos, como moscas en la miel. El perro se acomodó sobre una alfombra, unió la nariz y la cola en un círculo y, por cómo movía las cejas, parecía estar escuchando a su amo. Angilù notó su asiento traicioneramente blando, como si no hubiese nada bajo él. Tenía la extraña impresión de que algunas de sus sensaciones estuviesen desapareciendo. El calor y el viento en que siempre había vivido ya no estaban, confinados fuera de este lugar espacioso y hermético. Miró la decoración y el mobiliario que relucía a su alrededor y se dio cuenta de que el príncipe llevaba un rato hablando. Resultó que la elegante barba de aquel hombre alto se agitaba en un exaltado himno de alabanza al propio Angilù y no sólo a él: todos los pastores eran fabulosos, la auténtica y antigua Sicilia, la Sicilia clásica. Alguien había descrito a los pastores sicilianos en un poema hacía mucho tiempo. Angilù había demostrado una gran valentía defendiendo su rebaño de los bandoleros y ahora le tocaba al príncipe hacer lo propio, regresar de Palermo para proteger a su rebaño. Ahora que los fascistas estaban en el poder las cosas serían distintas. No habría lugar para personas como Albanese, que se interponían entre el príncipe y su pueblo, y los explotaba a ambos. El príncipe le dio a Angilù un cigarrillo de suave tabaco francés. Otra sensación evanescente: el humo pasó por la garganta de Angilù como una corriente tan ligera, fresca y delicada que apenas notó siquiera estar fumando.

—Mire —le dijo el príncipe—. Le voy a hacer un regalo, una promesa si lo prefiere. Un momento.

Salió de la sala. Angilù y el perro se quedaron solos, juntos en silencio. El perro estaba tumbado sobre la alfombra, con los ojos húmedos y el alargado hocico apoyado sobre las pezuñas delanteras. Angilù se preguntó qué olería el perro en él. Ovejas, caracoles, pólvora, sangre, la mula, hierbas, sudor.

Pasos rápidos y a trompicones. El perro levantó la cabeza. Angilù miró alrededor. Había una niña pequeña de pie en la entrada, tenía los ojos grandes y oscuros en una piel que era pálida y amarilla. Una niña a quien no dejaban que le diera el sol, que nunca sentía hambre. Llevaba un vestido de falda abultada que le cubría las piernas con capas y pliegues tiesos que hacían frufnú. Se agarró al marco de la puerta y abrió la boca despacio con el leve sonido de un tapón de corcho, como si fuese a decir algo, mirando al desconocido con manifiesta curiosidad. Una criada llegó corriendo en su bús-

queda, una mujer con un reloj que colgaba de una corta cadena sobre la pechera de su vestido oscuro. Aquí todos sabían la hora exacta. Avistó a Angilù y asintió en señal de saludo, una rápida bajada de la barbilla, más para ocultar su estremecimiento por el susto que para saludar al sucio desconocido que estaba en el salón del príncipe. Cogió a la niña de la mano y se la llevó.

El príncipe regresó sujetando ante él un pequeño objeto, en alto, como si fuese un farol.

–Tome –le dijo–. Abra la mano.

Angilù obedeció. El príncipe dejó caer en la palma de Angilù un pesado anillo de oro, un objeto pequeño pero pesado como una paloma. El oro tenía un aspecto suave, mantecoso, como si pudiese cortarlo con la navaja.

–Es romano, menos antiguo que su oficio, pero tómelo. Lo conseguí el otro día de un tratante de Esmirna.

–No sé...

–Puede enseñárselo a otros vecinos del pueblo, dígales que es un regalo mío, que he vuelto. Ya no habrá más arrendadores que se interpongan entre yo y ellos, ni más arrendamientos comprados en subastas amañadas con violencia e intimidación ni los beneficios de la tierra irán a parar al arrendador y sus amigos.

Angilù asintió, a sabiendas de que jamás le enseñaría a nadie aquel anillo. Tendría que esconderlo. Un día, cuando supiese cómo, podría venderlo.

–Y usted y yo nos veremos de vez en cuando –añadió el príncipe–. Puede ayudarme a familiarizarme con la tierra. Ya ve, me gustaría saber lo que usted sabe.

Cirò Albanese paseaba por su casa con una mano extendida, tocando la pared con las yemas de los dedos, sintiendo la cal sedosa mientras avanzaba. Tres generaciones para entrar en esta casa. Conocía sus formas, sus sonidos, dónde era fresca, dónde se acumulaba el calor en invierno. Sus hijos deberían criarse aquí. Ya debería haberlos tenido, un jaque a los hijos de su hermano. Se dirigía a una pequeña despensa de donde cogió una botella de su aceite de oliva. La miró al contraluz de la ventana para ver su color. La abrió y dio un trago. Un destello de dorada luz verde sobre sus ojos. La suavidad al tragar, el sabor picante al volver a respirar. Se relamió los

labios resbaladizos, saboreó las horas empleadas en producirlo, de sol a sol, la posesión de los árboles.

En su dormitorio, fue hasta un cajón concreto y sacó dinero, lo introdujo en dos bolsillos distintos y aún más en el forro de la chaqueta. Dobló un pañuelo y colocó el mejor pico en el bolsillo junto a la solapa. Se miró en el reflejo ahumado del viejo espejo del tocador y se alisó hacia atrás el pelo de los lados de la cabeza, se enderezó las solapas y tiró de los puños.

No cojas nada. No digas nada a nadie. Vete.

La gente desaparecía. Era más que cierto. La vida se estaba volviendo imposible. La gente sabía su nombre. Por eso tenía que marcharse así. Y era mejor hacerlo, mejor actuar motu proprio, ser el capitán de tu propio destino. Se trataba de seguir vivo.

Encontró a su mujer ocupada en la mesa de la cocina, con el pelo recogido para que no le molestase, un día cualquiera después de seis meses de casados. Teresa era pequeña y voluptuosa, como si la hubiesen montado con rapidez y avidez. Esto encima de aquello encima de lo otro. Pechos, vientre y trasero. La cogió de la cintura y apoyó la cara contra la piel cálida de su cuello desnudo.

–Cariño, ahora no puedo, de verdad... –Levantó las manos enharinadas, se atusó el flequillo con las muñecas mientras giraba entre los brazos de él–. Te has arreglado. –La besó con fuerza en los labios. Ella emitió un chillido de queja y después accedió, ablandándose bajo la fuerza de él. Él le metió la lengua dentro de la boca, la apretó contra los incisivos de ella de forma que rasparon la superficie cuando la sacó.

–Tengo cosas que hacer –dijo él–. Luego nos vemos. ¿Qué comemos? –preguntó, echando un vistazo por encima del hombro de Teresa.

–Ya te enterarás –contestó ella.

Horas más tarde Cirò había dado con el fabricante de ataúdes en el puerto de la ciudad. Se detuvo fuera para fumar un cigarrillo, pensar un instante y mirar el agua. Él no iba a hacer algo así. Le daba hasta miedo. Los grandes barcos atracados, las grandes y blancas aves marinas volando atléticamente en lo alto. Las voces de los estibadores rebotaban con una ligereza pronta y sin eco sobre la superficie del agua. Cirò era un siciliano de interior. Para él el mar era extraño, peligroso, deslumbrador y escapaba a sus cálculos.

Significaba viajar a lugares invisibles. Significaba la frontera de su mundo, su fin.

Lanzó el cigarrillo y llamó a la puerta. Dio el nombre del amigo común que lo había enviado. Ellos asintieron. Un muchacho le hizo café mientras esperaban a que una viuda sumida en el llanto acabase el encargo y se marchase. Se enjugaba las lágrimas de las mejillas con un pañuelo de filis negros y negociaba con ellos un buen precio con susurros circunspectos. Cirò sonrió ante su perspicacia. Cuando se hubo ido, echaron la puerta y le mostraron a Cirò su ataúd y cómo funcionaba, los pestillos y bisagras de su interior, los paneles corredizos para abrir las rejillas. Elaboraron documentos con el nombre y la dirección de una familia. Él sería su tío. Le dijeron que orinase y después se metiese dentro. De pie sobre el desagüe de la parte de atrás descubrió que no podía. Volvió, se subió a una silla y de ahí al ataúd. Le quedaba un poco estrecho a la altura de los hombros de su cuerpo fuerte y de extremidades cortas, pero por lo demás le iba bien. Se tumbó y miró a los tablones de madera del techo y a las caras que se asomaban por encima.

—No abra el pestillo —le dijeron— hasta que lleve cinco horas notando el movimiento del mar. Después sólo tiene que salir y mezclarse entre la multitud. Como un pasajero más.

Colocaron la tapa con las cabezas de tornillos falsas. Echó el pestillo por dentro y abrió las rejillas. Funcionaba: podía respirar. Pasaron un minuto o dos y notó cómo lo alzaban y lo expedían sobre un carrito. Comenzó a sentirse muy sereno en una oscuridad circundante que le resultaba segura y sencilla. Se sintió más protegido de lo que se había sentido en muchos años. Después de días de mucha agitación preparándolo todo para este momento, ocultando cosas, dando instrucciones, se relajó. El vaivén lo mecía. Cirò Albanese estaba casi dormido cuando lo cargaron en un barco rumbo a Estados Unidos.